

## EL AYER, EL HOY Y EL MAÑANA-INTERNACIONALES

### EXÉGESIS NORTEAMERICANA DEL PROBLEMA CONGOLEÑO.

Por observaciones que oportunamente consignaremos, nos ha interesado de modo particular el discurso pronunciado por el Subsecretario de Estado norteamericano, George Bell, el día 9 de diciembre de 1961, cuya finalidad no era otra que perfilar e intentar la justificación de lo que el disertante rotulaba como «Política de los Estados Unidos en el Congo». El tema, intrínsecamente considerado, encierra notorio interés, pero esta apreciación se fortalece, si tenemos en cuenta que el Subsecretario norteamericano hace alusión a otros extremos de política internacional estadounidense, referidos a la táctica desplegada por la U. R. S. S. y proyectada sobre los que se denominan puntos neurálgicos del mundo posbélico. Tal preocupación explica por qué motivos mister Bell alude a experiencias, a cuya posible reiteración, en zonas no alcanzadas hasta el presente por la técnica infiltrante rusa, se opondrían, resueltamente, los Estados Unidos. En tal sentido, Bell, refiriéndose a lo que él denomina mundo subdesarrollado, alude a las experiencias registradas, primero en Corea y posteriormente en Laos, zonas del mundo asiático donde Rusia logró instalar líneas divisorias, portadoras de notoria artificialidad, algunas tan sorprendentes como las yuxtapuestas a determinados meridianos. Lo que George Bell no se pregunta es cuándo, de qué modo y aprovechando qué clase de coyunturas, se han instalado las mencionadas escisiones, interrogante plenamente justificable, si se tiene presente que en Corea, y, en cierto modo, en Laos, los Estados Unidos actuaron juntamente con Rusia en situación preferencial y en esa coyuntura, cuando menos puede aseverarse que fuera Rusia quien retiró evidente provecho, en cuanto fruto de escisiones, artificial y premeditadamente creadas. Algo parecido puede afirmarse en lo que atañe a la otra gran división posbélica—la de Alemania, concertada con la participación y el asentimiento inicial de los Estados Unidos.

Las mencionadas participaciones, ideadas por la U. R. S. S. en la fase inicial del período posbélico, aun cuando distanciadas entre sí en el orden del tiempo y del espacio, respondían todas ellas a un designio notoriamente genérico: crear situaciones de hecho, no sólo afectadas por la sombría mácula de su episodismo, prorrogable y hasta el presente mantenido, sino constituyendo específico punto de apoyo, para incrementar el grado de fricción en esas zonas neurálgicas. Pero acaso la más acentuada peligrosidad de esas experiencias secesionistas, radica en la consideración de que Rusia puede manipularlas adecuadamente, para acentuar, en una u otra de las particiones consumadas, sus designios de presión genérica, articuladas al amparo de la invulnerabilidad de las líneas interiores y proyectadas hacia la periferia.

Ahora bien, el problema que constituye tema de las apreciaciones sentadas por el Subsecretario Bell, plantea, de acuerdo con sus características geopolíticas, un problema que puede considerarse como inédito. Aludimos al problema del Congo y a lo que representa su aparición en lo que atañe a las posibilidades de la presencia:

Y acción rusa en la inmensidad del continente negro. En este caso, la U. R. S. S. dispone de una zona de infiltración reducida: el espacio de costa, limitado al sur por la Angola portuguesa, pero una vez iniciada la penetración a través de esa estrechez geográfica, ante Rusia se abriría una inmensa coyuntura, posibilitada, no tan sólo por la posición central del Congo, sino por la circunstancia de que esta flamante e inestable República tiene fronteras con el ex Congo francés, con la República Centroafricana, con el Sudán, con Uganda, con Ruanda Urundi, con Tanganica, con la Rodesia del Norte y con Angola. La sola presencia rusa en el Congo, sin necesidad de su asentamiento en aquellas tierras donde impera, en tan acentuada medida, la inestabilidad política y brindaría a Rusia coyunturas de infiltración en tierras congoleñas e incluso podría depararle la posibilidad de utilizar las tierras del Congo para transformarlas en amenazadora catapulta.

Téngase presente que si en el Congo se cuenta con la existencia de una sedicente unidad, vinculada a la persona de Cirilo Adula, la realidad es que allí intentan abrirse paso elementos claramente orientados hacia la dispersión, como acontece con el ejemplo más prominente, el que nos brindan Moisés Thombe en lo que a Katanga atañe y Kalonji, apoyado por los balubas en el sur de Kasai. Si no se logra eliminar esos factores de dispersión, es posible que ante el incremento de fuerzas centrífugas y procediendo *per saltum*, Antoine Gizenga, desde su feudo de Stanleyville, capital de la provincia oriental del Congo, trate de enarbolar la bandera de la unidad congoleña, haciéndose eco, como instrumento sumiso, de las sugerencias neutralistas que se alimentan desde Moscú.

Situado ante esa confusa e intrincada realidad, considera Bell que si el Congo aspira a salvarse, liberándose para ello de la influencia comunista, no resta más posibilidad que la de trabajar por el fortalecimiento del régimen acaudillado por Cirilo Adula, considerándolo como símbolo de una posible y deseable unidad congoleña. robustecimiento cuya finalidad se persigue—según Bell—a través de la acción de las Naciones Unidas y de sus efectivos militares (casco azul), hoy allí instalados, con el propósito, hasta donde ello resulte hacedero, de lograr la instauración de la unidad política del ex Congo belga. Quien no desdeñe la existencia de los elementos de dispersión, imperantes en el Congo, probablemente considerará con escepticismo los planes de inmediata realización, con fines de aglutinación que al Subsecretario de Estado le parecen tan oportunos como adecuados. Asevera el Subsecretario norteamericano que el Congo no cuenta en su haber, ni incluye entre sus antecedentes, con nada que se asemeje a una experiencia federal, de cuya afirmación cabe inducir que el Congo no puede incluir, en lo que fuera su pretérito, ni la existencia de la unidad, ni siquiera la precedencia de la unión dentro de la diversidad. Con tales antecedentes a la vista sería dable colegir que el tribalismo, precisamente por constituir mácula ancestral en el Congo, no debe considerarse como elemento adecuado, para cuanto implique arrancar del micronacionalismo y alcanzar, sin transición y sin fiarlo a un prolongado transcurso del tiempo, la unidad nacional.

A nuestro entender, si un problema, adecuadamente planteado, puede aproximarnos a su posible solución, lo que tal vez pudiera preguntarse el Subsecretario de Estado norteamericano, sería dable encerrarlo en la siguiente interrogación: ¿No estamos actualmente colectando los amargos y previsibles frutos, tras de la siembra a cargo de los que se obstinan en defender la puesta en práctica de un anticolonialismo exigente y que demanda la concesión de su inmediato protagonismo? Cuando el 30 de junio de 1960 fué proclamado el Congo como Estado independiente, los que, con imprudente alborozo veían así fortalecida su tesis del anticolonialismo sistemático, ignoraban que no puede decretarse frívolamente la manumisión de un país, sin indagar previamente y con acentuada prudencia, sobre el grado de madurez política

alcanzada por el Estado aparentemente beneficiado y, sobre todo, no desdeñar una enseñanza que inexorablemente se abre paso, a lo largo del proceso descolonizador y, de modo especial, a contar del instante en que se acusó una aceleración de tal fenómeno; es decir, el año de 1958, cual es que si constituye evidente amenaza para la paz y la estabilidad del mundo posbélico, el obstinarse en alargar un metropolitanismo arcaico e improrrogable, no menor riesgo implica el atenerse a la puesta en práctica de una inclinación descolonizadora, apoyada sistemáticamente, haciendo caso omiso sus voceros de una reflexión fundamental: si la descolonización prematura constituye o no riesgo de que se registren lamentables desventuras que, en último término, sólo pueden favorecer a los que abiertamente explotan la inestabilidad política de ciertos pueblos, para así deparar a sus propósitos de infiltración adecuadas coyunturas de éxito.

Míster Ball, en cierto modo, no parece muy distanciado de nuestras preocupaciones, ya que en la última de las deducciones que inserta al final de su discurso puede leerse: «Las dificultades y peligros de esta compleja situación, sólo con extraordinarios y nobles esfuerzos y cierta buena suerte, nos han llevado tan lejos como hemos llegado, desde los tenebrosos días de agosto y septiembre de 1960. Incluso ahora las posibilidades de éxito son precarias. Hagamos lo que hagamos, no tenemos la seguridad de que la situación evolucionará con arreglo a nuestros deseos.» Esos días tenebrosos a que alude míster Ball y registrados al mes siguiente de serle concedida la independencia al ex Congo belga, son manifestación inequívoca de las trágicas consecuencias, achacables, en parte, a la presión ejercida por cuantos han considerado que al colonialismo sólo puede aplicarse la receta simplista de la manumisión, otorgada sin verificar previamente si brindamos al supuesto liberado las mieles de su libertad política o si lo empujamos inconscientemente hacia el caos y la amargura. Menos mal, si la dramática experiencia congoleña actúa como acicate, para cuantos parecen ignorar lo inadecuado que resulta aplicar a problemas intrincados soluciones tajantes, inspiradas en una inadecuada interpretación de la historia, considerando a esta última como testimonio cierto de la reiteración de experiencias, al margen del tiempo, del espacio y de las circunstancias específicas que concurren en cada problema concreto de tipo internacional.

#### EUROPA EN LA ENCRUCIJADA.

El 4 de marzo de 1947 se firmaba en Dunkerque, por los plenipotenciarios de Francia e Inglaterra, un tratado de alianza. El expresado convenio podía considerarse como culminación de un proceso contractual, que se inicia en Londres el 26 de mayo de 1942, cuando Eden y Molotov signan un tratado de alianza y asistencia mutua y del cual puede considerarse como complemento el concluído en Moscú el 10 de diciembre de 1944, firmado por Bidault y Molotov. Aun cuando el primero de los tres convenios citados fuera concluído en el período posbélico y los dos que le anteceden en el orden del tiempo ultimados cuando aún constituía realidad la guerra europea, puede asignarse a los tres pactos un denominador común, en el sentido de que los Estados signatarios se comprometen a la adopción de medidas encaminadas a hacer frente a una agresión alemana, que pudiera registrarse en un más alejado o próximo futuro; así lo consignan los artículos 2 y 4 de los tratados de 1942 y 1944 y los artículos 1 y 2, del Tratado de 1947. Como nota complementaria debe consignarse que a los tratados de Londres y Moscú se les asigna una vigencia de veinte años, susceptible de prórroga y al de Dunkerque una duración de medio siglo. De los citados convenios se deduce que Francia, Rusia e Inglaterra, arrancan de una concepción coincidente: el

marginalismo de Alemania, para lo cual se impone al país vencido el plural régimen paralizante del desarme y la desmilitarización.

La anterior etapa contractual es preciso valorarla en función de una ausencia: la de los Estados Unidos, que, tanto a lo largo de la contienda europea como en el período que inmediatamente subsigue a la cesación de las hostilidades, parecen inclinados a prorrogar su marginalismo, imagen atenuada de lo que había constituido su tradicional política internacional (el aislacionismo). Nos parece innegable que, con más o menos acentuada evidencia, las dos potencias occidentales, signatarias de los citados pactos, se atenían, consciente o inconscientemente, a inspiraciones provenientes de Moscú, epílogo que explicablemente habría de preocupar en Washington, habida cuenta de que si los mencionados pactos se convertían en elemento determinante de la política internacional posbélica, la imagen de una política internacional de bipolaridad se vería amenazadoramente afectada. Esa explicable preocupación habría de inducir a los Estados Unidos a retirar provecho de la primer coyuntura que le fuese separada, no sólo para incluir en el área de sus alianzas futuras a Francia y a Inglaterra, sino incluso a la Alemania Federal.

Contra todas las previsiones, la ocasión se presenta un año después de firmado el Tratado de Dunkerque, cuando en Bruselas, el 17 de mayo de 1948, se concluye el Pacto de Unión Occidental, signado por Bélgica, Francia, Luxemburgo, Holanda y Gran Bretaña. En dicho tratado, si bien sigue aludiéndose al peligro de reiteración de una política agresiva por parte de Alemania (apartado 6 del Preámbulo y artículo 7 de la parte dispositiva), debe tenerse presente que en el artículo 4 se hace alusión a la posibilidad de una agresión armada en Europa, con lo cual ya no se considera como evidente la adscripción, única y exclusiva, del peligro de agresión referido a Alemania.

La citada mutación, registrada en el contenido de las cláusulas contractuales del Pacto de Bruselas, no pasó inadvertida a los ojos de Washington; ello explica que cuatro meses después vote el Senado de los Estados Unidos la Resolución Vandenberg, al objeto de iniciar negociaciones con el Canadá y los países signatarios del Tratado de Bruselas, conducentes a la conclusión de un Tratado de alianza, el 4 de abril de 1949, es decir, el Pacto del Atlántico. Por consiguiente, en el curso de dos años (1948 y 1949) se registra un brusco cambio de rumbo en la política internacional de las potencias occidentales, que tan poderosamente habría de contribuir al modo de moldearse la política internacional, inspirada en la separación de dos mundos, el libre y el satelitizado.

Se había consumado lo que puede reputarse, sin exageración, de auténtico milagro: la inhumación del aislacionismo norteamericano y la instalación de un frente defensivo, abarcando Estados situados en ambas orillas del Atlántico; pero la tarea parecía inconclusa, en tanto la Alemania occidental permaneciese confinada a un marginalismo, que, inadecuadamente prorrogado, impedía perfeccionar la adecuada articulación defensiva del mundo libre. El ostracismo alemán se verá afectado pocos años después; ello acontece cuando el entonces ministro de la Guerra francés, Plevén, patrocina la idea de crear un ejército europeo, del cual formaría parte la Alemania Federal. Conocida la sugerencia, a la misma se opusieron no irrelevantes reparos, entre los cuales se destaca uno, provisto de indudable fuerza dialéctica, y así formulado: un ejército, a escala europea, cual el sugerido por Plevén, no tendría viabilidad, considerado como institución autónoma y dotado de vida separada, habida cuenta de que si el ejército, en su tradicional significación, se considera como el brazo armado de la nación, lo propio puede aducirse a propósito del ejército cuya creación patrocinara Plevén, habida cuenta de que el carácter plurilateral de tal fuerza armada sólo tendría justificación si a la creación del mismo precediese la instauración de una

entidad supranacional, de la cual dicho ejército constituiría elemento defensivo. En una palabra, Pleven había desdeñado cuanto de prudente advertencia encierra la alusión al error que supone el colocar los bueyes detrás de la carreta. Era tan evidente esa advertencia, que se abandonó el proyecto Pleven, para orientar la acción en otro rumbo, articulando así el Tratado que instituía la Comunidad Europea de Defensa (27 mayo 1952), convenio que naufragó al atracar a la Asamblea francesa, donde no pudo sobrevivir a una ofensiva, no lanzada abiertamente contra el tratado de 1952, sino desplegada recurriendo a la farisaica alegación de que tal convenio resultaba ser incompatible con los preceptos de la entonces vigente constitución francesa de 1946.

La suerte adversa corrida por el proyecto Pleven y por el tratado de 1952 condujo a no pocos a considerar como abiertamente prematuros los proyectos encaminados al logro de una más o menos acentuada integración de la denominada «Europa de los seis», consecuencia sentada inadecuadamente, ya de que lo registrado en 1952 sólo podía colegirse que se había incurrido en error al elegir la ruta, pero no así en lo concerniente a la finalidad perseguida, que no era otra que escribir el epílogo de la Europa tradicionalmente paralizada por la acción disolvente de un obstinado parroquialismo. La Europa séxtuple estaba a la vista y sólo restaba elegir adecuadamente el sistema para transformar lo potencial en actual. A tal fin se crea el mercado común, el Euratom y, últimamente, el mercado común agrícola.

En la actualidad nadie pone en tela de juicio que la Europa séxtuple, en la misma medida en que acentuaba el incremento de sus actividades comunes, se percibía hasta qué extremo los frutos obtenidos excedían ampliamente de las esperanzas abrigadas por los instigadores de la integración. Ello resultaba ser tan evidente, se acentuaba en términos tan inequívocos la capacidad industrial de la Europa séxtuple, que tal consecuencia excedía del área abarcada por el mercado común, planteándose así un triple problema, concerniente a los Estados Unidos, a Inglaterra y a las otras naciones del continente, situadas hasta el presente—Grecia exceptuada, en su condición de asociada—al margen de la Europa integrada, y si en problemas de política internacional son portadores de innegable ventaja los Estados Unidos, que se han adelantado en la iniciativa, resulta evidente que la Europa séxtuple, al truncar visiblemente la trayectoria internacional establecida, ello habría de implicar consecuencias de enorme relevancia, entre los cuales, la más perceptible y prominente radica en la circunstancia de que la Europa séxtuple se elevó a la condición de punto de referencia, tanto en lo que atañe a naciones extracontinentales como extra europeas; tal ha sido el caso de Inglaterra y de los Estados Unidos, especialmente de la primera, situada actualmente ante el trance de revisar su política internacional, especialmente en lo que hace referencia a la Commonwealth y más concretamente, en lo que atañe a la subsistencia, atenuación, adaptación a nuevas exigencias o anulación de las tarifas interimperiales.

Ahora bien, la Europa séxtuple, objeto de tantas solicitudes, se ve a su vez enfrentada con un problema, al cual encontrará o no adecuada solución, pero del que no puede desentenderse; a saber, el de su ampliación en el orden del espacio, determinada por el ingreso de nuevos Estados en la organización séxtuple. En lo que a este aspecto del problema atañe, alguno de los animadores de la Europa renovada considera que la elasticidad del Tratado de Roma no es ilimitada y que una ampliación desmedida de lo que es hoy la séxtuple Europa, podría afectar a su viabilidad.

Si, como algunos intérpretes aseveran, la Europa séxtuple constituye en la actualidad una evidentes base nuclear, llamada a prefigurar lo que, andando el tiempo, puede llegar a ser una especie de otro nuevo mundo, conviene tener presente que el

mercado común, hoy en función y en proceso de incremento, no puede en modo alguno constituir meta irrealizable. Si la historia alecciona, no parece inadecuado referirse a lo que representó para el logro de la unidad alemana y para la creación del Primer Reich, la fundación de la *Zollverein*, que incluía en su seno, en 1855, a 34 Estados y que constituye el preanuncio de la unidad política alemana. Bien se nos alcanza que ni las circunstancias que posibilitaron la constitución de la *Zollverein*, ni sus elementos biológicos de aglutinación, pueden considerarse similares a los presupuestos que implicaron la aparición de la Europa séxtuple, pero lo que sí nos parece innegable es que cuando se inicia el recorrido de un determinado camino, no resulta posible detenerse, sin alcanzar la meta señalada por los estimuladores de una tendencia aunitiva. El mercado común no puede considerarse como epílogo de la historia posbélica; constituye un capítulo, ciertamente trascendente de la misma, pero que habrá de ser proseguido por la adición de otros capítulos, no menos relevantes que el ya redactado. Es así como hace acto de presencia un problema, al cual no se ha dado aún solución, pero que será preciso encarar: el concerniente a la superación de la etapa representada por la instauración del mercado común, mediante el establecimiento de una entidad política, con volumen supranacional. Ello será factible en cuanto etapa de inmediata realización, referido a la necesidad de que, bien la Europa séxtuple, ya la que pueda ser ampliación especial de este núcleo vigente, practique una política internacional, no sólo acorde, sino inclinada hacia una creciente autonomía. Para alcanzar esa finalidad no constituye obstáculo la existencia de regímenes políticos diferentes entre sí, agrupación para la puesta en práctica de una política internacional concorde, parecida a lo que significó la alianza de dos países, en los cuales imperaban sistemas políticos, tan alejados entre sí como los de la autocracia zarista y la democracia francesa.

Más complejo es el segundo de los dos problemas aludidos: la necesidad de que la unión de la nueva Europa se cimiente sobre una cierta concordancia de regímenes políticos, sin cuya preexistencia algunos consideran inadecuado pensar en organizaciones políticas de alcance supranacional. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que la similitud de regímenes políticos, como es el caso en lo que atañe a la Europa séxtuple, no ha evitado el asomo de disidencias, tales como las ofrecidas por el contraste entre la concepción de De Gaulle, relativa a la Europa de las Patrias y la de Hallenstein, inclinada a lograr la cristalización de la nueva Europa, mediante la interpretación de los sistemas federal y confederado.

Las apuntadas discrepancias, así como otras, de las cuales dejamos hecha mención, no deben inducirnos a vivir afectados por la desesperanza. Téngase en cuenta que Europa se dispone, nada más ni nada menos, que a inhumar cuatro siglos de dispersión y que la transformación a cuya instauración se aspira, no es precisamente obra de inmediata realización. Lo esencial es que Europa, cuyo protagonismo plurisecular algunos consideraban como irremediablemente maltrecho, parece dispuesta, no a continuar un proceso histórico, que considera de imposible reanudación, sino a iniciar una vida liberada de todo achaque municipalista, que puede convertirla en titular de un protagonismo, no tan sólo adecuado para el momento histórico en que se registra, sino por los elementos constitutivos que pueden proveer de fisonomía específica y permanente al viejo continente europeo.

#### POLEMICA DEL MUNDO TRIPARTITO.

Se ha dicho, con notoria insistencia, que resulta actualmente posible caracterizar cuál es en realidad la adecuada significación del mundo posbélico y se agrega que la impresión de acentuada complejidad de que, aparentemente al menos, se nos apa-

rece como portador, puede atenuarse si cuidamos de formular diagnósticos adecuados. No puede hablarse, en términos singulares, del mundo posbélico, portador de características que permanecerían inalteradas desde 1945. Más bien parece oportuno consignar que en los diecisiete años de trayectoria posbélica, presenciamos la sucesiva aparición, sino de tres mundos, cuando menos de una triple reacción. Fué inicialmente la imagen de la bipolaridad, considerada por algunos intérpretes como única e irremplazable tabla de valores. Posteriormente y a medida que naciones sometidas a otras, más o menos acentuadamente, alcanzaban plena soberanía, se tornaba imprescindible otorgar debida beligerancia a lo que significa la irrupción de esas nuevas entidades políticas, incluídas en la denominación genérica de mundo interpuesto, beligerancia que parecía justificarse por una doble consideración: en lo que atañe a los dos grandes titulares de una sedicente hegemonía, una inclinación visiblemente orientada a transformar el denominado mundo indeciso en aliado, más o menos sumiso. En contraste, los nuevos Estados, recién advenidos al disfrute de la soberanía, presentían que su coyuntura podría limitarse a una acción, temporalmente limitada, si no acertaban a rehuir su adscripción a uno u otro de los dos grandes oponentes. Sabían que, atendidos a sus específicas posibilidades, no les sería dable soslayar las solicitudes de cooperación formuladas por cualquiera de las dos naciones hegemónicas. Este temor les indujo a la adopción de disposiciones encaminadas a rehuir el peligro, a cuyo fin consideraron indicado conectarse a otros Estados que padecían una similar inquietud y pesaba de tal modo esa consideración en el ánimo de los neófitos, que no vacilaron en trabajar, orientados hacia la consecución de una especie de articulación solidaria, sin tener en cuenta que las coaliciones, más o menos condicionadas, no pueden instalarse si entre los que aspiran a integrarlas no existe una especie de común denominador. Esa nota genérica parecía acusar su carencia, determinada por consideraciones de lugar, de tiempo y de inclinaciones. Mediaban prominentes soluciones de continuidad geográfica entre los Estados del mundo interpuesto y si bien es cierto que esa característica no constituye en sí misma obstáculo insuperable respecto a un deseo de instalar una especie de frente polémico, se ofrece la circunstancia de que alguno de los pueblos manumitidos habían alcanzado tal condición a impulso de factores biológicos que facilitaban tal desenlace, en tanto otros, ascendían súbitamente a una a veces nominal vida soberana, empujados por el maremoto de la descolonización a toda costa. Claro está que las referidas máculas no pudieron ser discernidas en la época inicial del proceso de descolonización masiva y, precisamente por ello, se atribuyó a la aparición del mundo interpuesto una trascendencia, cuya calibración excedía ampliamente de lo que en realidad suponían las posibilidades del llamado mundo indeciso. Ese cálculo erróneo se minimizó a impulsos de un ademán, a cargo de las dos grandes naciones construídas a escala continental, cuando estas últimas ofrecieron testimonio fehaciente de erigirse en patrocinadores de una tarea sistemática, orientada hacia la captación de los indecisos y de los recién llegados y si antes se había aceptado, sin previa y escrupulosa indagación, la imagen de la bipolaridad, posteriormente, un similar error de cálculo se registró en lo concerniente a las posibilidades del mundo interpuesto y en lo que hace relación al grado de su proyección sobre la dinámica política internacional. Es así como el mundo posbélico se desorientaba, dedicado, como parece estarlo, a engarzar una serie de equívocos.

El proceso referido habrá de verse sometido a un evidente proceso de acentuada desventura, no ya por valorar con notoria exageración las posibilidades específicas de cada uno y las achacables a sus congéneres, sino por otra consideración no menos relevante. El mundo interpuesto es portador de una inclinación neutralista, y si una posición marginal puede justificarse a propósito de un problema concreto y circunscrito,

en modo alguno el neutralismo debe elevarse a la condición de elemento determinante de política internacional, y mucho menos pretender ascenderlo al rango de constante histórica. Además, procediendo de ese modo, los neutralismos no contribuyen a la atenuación de discrepancias, cuya prolongación y consiguiente agravación puede poner en peligro la paz y la estabilidad internacionales.

Así, aparentemente repartidos dos grandes sectores del mundo, entre los neutralistas y las naciones hegemónicas, se nos minimizaba la trascendencia de un proceso, que hoy se califica de evidente y ayer se reputaba de inocente utopía. Aludimos al sector de la comunidad internacional, que pretende vivir autónomicamente, distanciado, hasta donde es posible la desconexión en la vida internacional, de la bipolaridad y del neutralismo. El mundo a que aludimos encarnó en otros tiempos un protagonismo incompartido, situación preferencial respecto de la cual, pseudo profetas o exégetas avizados a inducir por apariencias, proclamaban su cada vez más irremediable ostracismo. Ello proveía de aparentes razones tanto al mundo bipolar como al interpuesto, para sentar la siguiente conclusión: la de que Europa registraba, como consecuencia de la última guerra, signos evidentes de acentuada decadencia, y a su proyección no debía asignársele otra alternativa que no fuese la de catalogarla como auténtica encarnación de un arcaísmo irremediable. Actualmente, y en la misma medida en que la atención del mundo se centra en el viejo continente, perciben los que están afectados por la sorpresa hasta qué extremo han resultado fallidos sus cálculos, en lo que concierne a determinar quiénes podrán ser los grandes actores en la próxima trayectoria del mundo postbélico.

La coetaneidad de los tres mundos referidos se nos presenta de tal modo que no es imposible puntualizar cuáles son las características y cuáles las posibilidades futuras de cada uno de los tres mundos citados. Tanto la bipolaridad como el neutralismo son consecuencia inmediata de la alteración registrada en el modo de distribuirse la suma de poder, y ambas manifestaciones son portadoras de una coincidente característica: su ineditismo, y si el ineditismo constituye siempre un riesgo, habida cuenta del grado de inestabilidad y episodismo que se ofrece como factor característico de la actual política internacional, ese peligro, necesariamente, habrá de ofrecerse con perceptibles síntomas de agravación.

Bien distinta es la posición de que, contra todo pronóstico, ha logrado reinstalar, acaso incluso fortaleciéndola, su ancestral prestancia. Por cuya causa Europa occidental, si bien tiene que actuar en un mundo distinto al que fuera testigo de su pasada preeminencia, parece no estar desprovista de capacidad de adaptación a las nuevas realidades, y para ello fué suficiente iniciar un adecuado examen de conciencia, tras la realización del cual pudo deducir que su sedicente postergación no resultó ser, en definitiva, más que una interrupción, una coyuntura para alcanzar el necesario reposo y en el curso del mismo, meditar sobre lo que fuera su pasado y lo puede llegar a ser su próximo destino.

Tres fuerzas, desiguales en posibilidades, contenido y rango histórico, están destinadas a actuar coetáneamente, espoleadas por el deseo de captar lo que pueda ser el molde en el cual habrá de vaciarse el mundo del mañana. Aun se registrarán altos y bajos, en lo que atañe al grado de la proyección de esos tres mundos y al eco que pueden alcanzar sus iniciativas, pero cuando pueda escribirse el epílogo, de hasta dónde habrán de conducirnos estos ascensos y descensos sucesivos, tal vez la aportación a cargo de Europa pueda ser no sólo relevante, sino decisiva.